

Verdaderos y falsos pobres en *La vida del Buscón llamado Don Pablos*

Ana Inés Rodríguez Giles
(Universidad Nacional de La Plata)

Resumen:

El problema de la mendicidad se extendió en España a partir de los últimos siglos del medioevo, suscitando diversas repercusiones sociales y teóricas, así como la emergencia de una dura pero ineficiente legislación que buscaba controlar esta práctica.

En los albores de la Modernidad, la novela picaresca retrató la vida de los marginales que estaban en esa condición porque no tenían un trabajo estable, no se insertaban en las diversas redes sociales, y llevaban una vida itinerante que imposibilitaba su control. Estos hombres vivían temporal o permanentemente de la limosna. La masividad de este fenómeno suscitó el debate sobre la diferencia entre verdaderos y falsos pobres, que refería a la aptitud física para el trabajo de aquellos que mendigaban para vivir, sin tener en cuenta los conflictos estructurales y la problemática de la oferta laboral, así como la capacidad de adaptación del campesino desclasado al trabajo asalariado.

La vida del Buscón llamado Don Pablos ilustra las conductas de los mendigos, su relación con la sociedad, formas de pedir y evadir la ley. En el presente trabajo analizaremos las imágenes que exhibe esta novela acerca de los verdaderos y los falsos mendigos e indagaremos sobre la imagen que tenían estos hombres ante la sociedad. En la obra rastreamos una relación fluida, aunque teñida por un rechazo que no se plasma en la exclusión total, sino que personajes de diversos medios sociales garantizan, mediante sus dádivas, la supervivencia de los marginales.

Palabras clave: marginalidad - pobreza - Picaresca - Quevedo - historia

Durante la Edad Media se pensaba acerca del problema de la pobreza a partir de la necesidad de justificar su existencia para garantizar el sometimiento de los trabajadores rurales a las estructuras de dominación que estaban encargadas de la exacción del excedente producido por ellos. La ideología encabezada por la Iglesia Católica daba sentido a la existencia de sectores sociales desposeídos a través de la necesidad espiritual de su presencia como medio de salvación del alma para los miembros de la clase feudal que, a través la limosna, accedería a una superioridad espiritual que le permitiría el acceso al reino de los cielos tras la muerte. Esta forma de consideración cambió a partir de la crisis del siglo XIV como consecuencia de la proliferación masiva de pobres, que condujo a que una parte de la sociedad se sintiera amenazada por su presencia, mientras cambiaban otras características de la pobreza. Este fenómeno, al que se sumaba la dificultad de adaptación de una parte de los desposeídos, dio lugar al surgimiento del vagabundaje en los caminos y a la presencia de mendigos en las ciudades, donde el anonimato les permitía realizar diversas actividades delictivas que alternaban con trabajos no especializados, lo cual condujo a la estigmatización de estos sujetos, que fueron víctimas de una marginación progresiva. La figura de estos hombres funcionaba como el reverso de la esperabilidad social de la conducta de una persona: mientras provenían de un sector obligado a trabajar se negaban a hacerlo y con esta actitud cuestionaban el orden social.

La legislación criminalizó progresivamente las conductas de los marginales a partir del siglo XIV. Pero estas normas no fueron cumplidas, dando lugar a su reiteración y al endurecimiento de las penas, con el fin de amedrentar no sólo a los marginales, sino también al resto de la sociedad, cuya intervención (complicidad) fue fundamental para la reproducción de este grupo.

En el siglo XVI este conflicto dio lugar a una multiplicidad de textos que dan cuenta de la preocupación de la elite intelectual española por el problema. La escolástica discutió acerca de la alteración que la circulación de mendigos producía dentro de la estructura social: era necesario reconsiderar a los pobres, ya que la dimensión del problema que planteaban no podía ser evaluada desde la cosmogonía cristiana. En segundo lugar, la emergencia de la novela picaresca colocó en el centro de la escena literaria a los marginales.

En esta oportunidad analizaremos la forma de representación de los mendigos realizada por Francisco de Quevedo en *La vida del Buscón llamado Don Pablos*, novela cuyo objetivo fue condenatorio, mostrando el reverso de la esperabilidad social de la conducta de un sujeto. En un juego de espejos, los personajes hacen lo que está mal y eso es nocivo *porque* involucra a estos sujetos. Consideramos que esta obra se propone estigmatizar el margen social, del cual las personas de bien deben diferenciarse para ser consideradas como tales. A lo largo de su “carrera”, el protagonista desarrolla varias actividades delictivas y otras éticamente cuestionables: mendicidad, estafas, juegos de azar, robos, engaños, etc.

La mendicidad era progresivamente regulada en la Península Ibérica desde el siglo XIV, aumentando la intensidad de los reclamos en las Cortes por su condena y de las penas impuestas a los mendigos. Los procuradores solicitaron crecientemente que los hombres baldíos fueran sometidos al trabajo. Pero evidentemente estos pedidos no fueron atendidos y desde la primera mitad del siglo XVI las demandas versarían sobre la regulación de la mendicidad: “...que no anden pobres por el rreyno, vezinos e naturales de otras partes, syno que cada vno pida en su naturaleza, porque de lo contrario viene mucho daño y se da causa que aya muchos vagamundos e holgazanes” (Real Academia: 384). La orden que prohíbe la circulación de pobres asimila esta categoría con la de vagabundos, a quienes se estigmatiza como “holgazanes”, cuya desidia resulta ser la causa de la pobreza general. Además se estipula que no trasuntan, sino que cada uno pida en su localidad. Más adelante observamos la dificultad en la ejecución de este mandato, que provoca la condena no sólo de quienes no cumplen esta norma sino también la pena de los que están a cargo de su supervisión ya que “...los corregidores no lo quieren executar [por lo cual piden] que esto se ponga en los capitulos delos corregidores (...) con ynpuçion de pena, asy alos dichos corregidores que no lo executaren, como a los dichos pobres” (Real Academia: 469).

A pesar de que los pícaros se presentaban como personajes física y mentalmente plenos no trabajaban. Esto se debería, a simple vista, a la falta de voluntad para hacerlo, convirtiéndose en individuos cuestionables social y éticamente, pues siendo hábiles y proviniendo de un sector social obligado al trabajo corporal, se resistían a hacerlo. Las Cortes hacían referencia a estas conductas, y de este modo les adjudicaban la responsabilidad de la pobreza del reino, sin tener en cuenta la capacidad de absorción de la fuerza laboral existente por parte del sistema social. Según el retrato de la picaresca, estos hombres no se preocupaban por acceder a un trabajo en el marco de la producción y trasuntaban viviendo de la rapiña, fingiendo que no podían hacerlo de otra manera. Quevedo también invierte la causalidad asumiendo que estos hombres elegían esta forma de vida sin tener en cuenta que habían sido previamente expulsados del sistema económico, al que no podían reintegrarse porque había cambiado su condición de origen. La reiteración de este prototipo en las novelas españolas y europeas indica también la existencia de un mito según el cual algunos mendigos inválidos eran en realidad hombres que habían acumulado cierta riqueza con su actividad.

Paralelamente, vemos el crecimiento de la institución hospitalaria como espacio de reclusión de los indigentes. En las Cortes, la pobreza es confundida semánticamente con la enfermedad:

...que non anden pobres por el Reyno, sy non que cada uno pida en su naturaleza, y los que estovieren dañados de las bubas esten en casa cierta y alli pidan para ellos (...) mandaré dar luego horden como el ospital de nuestra Corte se reforme (...) y recojan y curen los pobres enfermos allagados... (Real Academia: 272).

Las peticiones que refieren a la institución hospitalaria abordan la mendicidad como parte inherente a sus fines. Además, este establecimiento estaba vinculado con la coerción sobre los mendigos, que serían reclusos en él (Real Academia: 425, 556 y 452).

Así, al relacionarse pobre y enfermo, los pícaros fingían que se encontraban físicamente incapacitados para trabajar y que por eso eran legítimos beneficiarios de la

limosna. La literatura picaresca ilustra reiteradamente el prototipo del hombre joven y vital que recurre a la simulación de deficiencias corporales para limosnear, práctica que resulta efectiva.

Para esto es fundamental la monetarización de la salvación del alma que tuvo lugar con la expansión del uso de dinero: podía conseguirse el ascenso celestial mediante procedimientos que ya no se basaban en donaciones a los monasterios, sino que la limosna diaria que se ejercía cara a cara con un pobre real podía comprar el perdón mediante una relación más estrecha e individualizada con el indigente.

En este sentido, Quevedo tomaría partido por la organización de la asistencia a los pobres por parte de la autoridad civil, ya que así se podría controlar que aquella fuera recibida sólo por los legítimamente necesitados, sin que la sociedad malgastara en sostener a la escoria que vivía de la rapiña, contribuyendo de este modo a su perpetuación. La mendicidad iba unida a la simulación y, según *El Buscón*, no estaba precedida o determinada por la necesidad, pues los mendigos no intentarían trabajar para sustentarse antes de practicarla.

Las iglesias son descritas como espacios de socialización y contacto de los vagabundos entre sí, pero sobre todo con el resto de la sociedad. En el primer capítulo, donde se recopilan las actividades de la familia del protagonista, se insinúan los robos efectuados por el padre de Pablos en la iglesia: "... En mi mozedad, siempre andaua por **las iglesias**, y no de puro buen Cristiano. Muchas vezes me vbieran llorado en el asno si vbiera cantado en el potro. Nunca confesé sino quando lo mandaba **la santa madre Iglesia**" (Quevedo 1965: 19). Si bien la iglesia como espacio pasa a tener un uso profano –el merodeo al que se asocia el robo–, el personaje no abandona por eso su devoción, diferenciando la religiosidad del contacto institucionalizado con dicha creencia.

El protagonista utiliza este medio para limosnear, participar de las sopas públicas y relacionarse con mujeres a las que pretende estafar. Los pícaros asisten a las comidas de los conventos sólo cuando no consiguen abastecerse mediante otras prácticas también vinculadas a la rapiña: "Quando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun combento aplaçada; no la tomamos en publico si no a lo escondido, haciendo creer a los frailes, que es mas deuocion que necesidad" (Quevedo 1965: 156). Este uso de la caridad implica el engaño por parte de los marginales, que vinculan su rapacidad con el simulacro de la devoción.

Pablos comienza con el uso de la caridad pidiendo a las monjas, práctica que desarrolla no sólo sin necesidad, sino de la que se jacta como una gracia con la cual puede abastecerse de vino (Quevedo 1965: 84). Esto tiene lugar en un período de ingreso a la marginalidad, a modo de entrenamiento en la carrera picaresca. Esta ilustración es recurrente en el género, que exhibe a la iglesia e incluso a sus representantes como parte del circuito necesario para que los pícaros pudieran desarrollar sus actividades. La novela evoca el poco respeto hacia esta institución profesado por los pícaros –e incluso su anticlericalismo– pero no siempre la falta de devoción, sentimiento que, por parte del narrador, en algunos pasajes es simulado y en otros auténtico. En última instancia, ante las necesidades materiales se privilegia la funcionalidad pragmática del espacio y las prácticas católicas. La religiosidad de los personajes es dudosa y el anticlericalismo está manifestado a través del abuso que ellos hacen sobre los representantes de la institución. Pero lo importante para nosotros es la funcionalidad de las iglesias para los intereses de estos hombres.

La deficiencia en la regulación de la entrega de limosnas por parte de la gestión eclesiástica genera una situación de caos en su administración y estipendio, así como una competencia entre los marginales que puede devenir en una situación violenta:

Entro luego mi compañero desechas las narices (...) lleno de sangre (...) dixo, que auia ido a la sopa de San Geronimo, y que pidio porcion doblada

diciendo, que era para vnas personas onrradas, y pobres quitaronelo a los otros mendigos, para darselo, y ellos con el enojo siguieron le, y vieron que en vn rincón detrás de la puerta estaua sorbiendo con gran valor, y sobre si era bien hecho engañar por engullir, y quitar a los otros para si se levantaron voces, y tras ellas palos... (Quevedo 1965: 185).

Este tipo de prácticas producen una relación competitiva entre los hombres que se disputan la beneficencia, generando entre ellos un vínculo fluctuante de competencia y cooperación. En el pasaje citado un pícaro trata de apropiarse por sobre sus pares del estipendio, pero existe una relación de defensa grupal que se activa cuando uno de ellos quiere exceder la cantidad estipulada para cada uno. Si bien los marginales no funcionan como un grupo, regulan sus prácticas mediante sistemas infrajudiciales de disciplinamiento interno.

Parte de la sociedad cuestionaba la legitimidad de la limosna a partir de la duda que recaía sobre sus beneficiarios, así como la forma correcta para su efectivización. Quevedo sienta su posición al respecto demostrando el uso ilegítimo que los vagabundos hacían de la caridad y, consecuentemente, la injusticia que conllevaba este estipendio si sus beneficiarios no eran justificados merecedores, mostrando la necesidad de modificarlo.

La palabra *pobre* es utilizada como sinónimo de minusválido o enfermo. Así cuando el pícaro escapa tras robar, finge ser un mendigo rengo, aparejando el problema corporal y la penuria económica: "... y embolui la capa a la pierna de presto, y empeze a decir **con la pierna en la mano fingiendome pobre (...)** **Por tan alta señora y lo ordinario de la ora menguada, y ayre corrupto (...)** **loado sea el señor**" (Quevedo 1965: 83). En este pasaje vemos que el protagonista, que practica por primera vez la mendicidad, ya reconoce los métodos acostumbrados: simular deficiencias físicas, pedir por Dios y mostrar ostentosamente su devoción, testificando de este modo el conocimiento de estos hábitos dentro del hampa. El personaje aparenta ser un *verdadero pobre* en otras oportunidades, fingiendo privaciones corporales que no sufre. De hecho, podemos decir que una característica de los pícaros reside en su plenitud en cuanto a sus capacidades físicas y su vitalidad.

La primera vez que planifica "meterse a pobre", el protagonista aprovecha las marcas que le dejó una tunda, usa muletas y cambia la ropa:

...y vender mi vestido, cuellos, y jubones, que era todo mui bueno; hizelo, y compre con lo que me dieron vn colete de cordoban viejo, y un jubonazo de estopa famoso; mi gaban de pobre remendado, y largo, mis polainas y çapatos grandes, la capilla del gauan en la caueza, vn Cristo de bronce traia colgando del cuello, y vn rosario (Quevedo 1965: 249).

Esta descripción de la imagen que el pícaro presenta a la sociedad es luego acentuada mediante su habilidad discursiva:

Impusome en la voz, y frases doloridas de **pedirán pobre** que entendia de la arte mucho (...) aullando en esta forma con voz dolorida, y realzamiento de plegarias. Dalde buen Cristiano, sieruo del señor al **pobre lisiado**, y llagado, que me veo, y me deseo (...) dalde una limosna al pobre tullido, y lastimado de la mano del señor. Y paraba vn poco, que es de grande importancia y luego añadia vn aire corruto en ora menguada trabajando en vna viña me trabo mis miembros, que me vi sano, como se veen y se vean, **loado sea el señor.**" (Quevedo 1965: 249)

En este pasaje el personaje alude a la causa de su penuria. Es fundamental tener en cuenta en el marco del conflicto ideológico al que hemos aludido que el personaje dice que fue herido trabajando, lo cual legitima aún más su condición, en un mecanismo que apela a todos los medios para estimular a quien posee riquezas a desprenderse de ellas en favor del inválido.

Las descripciones de la forma que adopta la mendicidad –de cuyos múltiples ejemplos sólo tomaremos algunos– refieren en primer lugar a la apariencia del pícaro y luego a la forma de ejercer el pedido, tras lo cual se muestra su efectividad. Así, Polanco con “su saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla” pide “diciendo acordaos de la muerte, y hazed bien para las animas”. Las referencias a la religión de manera simbólica están aparejadas a la falsedad de la apariencia, que en general remite a la enfermedad y a la suplicación en nombre de Dios, que justifica la caridad con los inválidos. Inmediatamente se alude al éxito de este reclamo o se introduce el robo como vía alternativa “y entruauasse en las casas que veia abiertas, si no auia testigos, ni estorbo robaba quanto auia”.

La competencia entre estos hombres es nuevamente indicada “y ganara mas si no se me atravesara vn moceton mal encarado manco de los brazos y con vna pierna menos, que me rondaba las mismas calles, en vn carreton” (Quevedo 1965: 250). La efectividad de este sujeto residía en que

...decia con voz ronca rematando en chillido Acordaos sieruos de JesuCristo del castigado del Señor por sus peccados, dalde al pobre lo que Dios reciuu. Y añadia por el buen Jesu. y ganaba que era vn juicio. Yo aduerti, y no dixé mas Jesus sino quitabale la S. y mouia a mas deuocion. (Quevedo 1965: 251)

Como vemos, el protagonista aprende a refinar sus prácticas a partir de la imitación de sus pares. Este elemento apunta a la noción de contagio social a la que aluden los procuradores en las Cortes. Cada mendigo resulta un peligro no sólo por ser él mismo un criminal, sino por la posibilidad de expandir esta plaga. El aprendizaje dentro del ámbito marginal es un tópico en la picaresca, funcional a su objetivo didáctico vinculado con la estigmatización de estos hombres, a quienes se supone agrupados en un mundo paralelo – que se imagina antagónico a las normas sociales–, donde se enseñan prácticas delictivas.

Los pícaros, insertos en dicha contracultura con su propia cosmovisión y su sistema de valores particular, admiran a quienes se destacan en el ejercicio de sus actividades, a los mejores farsantes, como aquel que “atauasse con vn cordel el brazo por arriba, y parecía que tenia hinchada la mano, y manca y calentura y todo junto”. Esto iba acompañado –nuevamente– por el lenguaje corporal “Poniasse echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera tan grande como vna bola de puente”, y en el plano verbal

Miren la pobreza, y el regalo, que hace el Señor al Cristiano. Si passaba muger decia a señora hermosa sea Dios en su anima (...) Si pasaba vn soldadito a Señor Capitan, decia y si otro ombre cualquiera a señor cauallero. Si iba alguno en coche luego le llamaba señoria, y si clerigo en mula señor Arcediano, en fin el adulaba terriblemente. Tenia modo diferente para pedir los dias de los santos... (Quevedo 1965: 249 y ss.)

Lo más destacado de este mendigo es su habilidad discursiva, principal recurso del Buscón. Son estas cualidades las que, junto al ingenio y adaptabilidad, permiten sobrevivir a estos personajes.

A estos recursos debía sumarse la vestimenta adecuada para mendigar, consistente en harapos y alguna muleta o bastón para hacer más visible la incapacidad física. Este aspecto era fundamental en la sociedad de Antiguo Régimen, en la cual la semiótica de la indumentaria era el principal indicio del status de las personas. Así, los pícaros intervienen asiduamente a lo largo de la novela en la compraventa de ropa, que cambian según los

objetivos que se propongan: si quieren estafar, tratan de aparentar un status superior, si mendigar, harapos.

La novela describe el control del poder político sobre los pobres, tal como vimos en las Cortes. Pero también exhibe la ineficiencia de estas regulaciones, pues los pícaros saben utilizar los intersticios de ese poder para subsistir a través de la caridad institucionalizada. En la Corte, cuando Pablos es novato en el “gremio”, entra un pícaro con “vna carta con la qual diciendo, que era licencia para pedir para vna pobre” (Quevedo 1965: 164). Esto demuestra la ineficacia de la autoridad civil para regular la mendicidad con el sistema de cédulas. Esta falencia es agravada por la complicidad hacia los pícaros de quienes deben imponerles el terror: los verdugos. Estos personajes son también marginales y su oficio es uno de los más degradados en la sociedad del Antiguo Régimen. Estando en lo de su tío, entró “vno de los que piden por las animas” (Quevedo 1965: 136). Este personaje es evidentemente uno de los azotados, y menciona cierta negociación con otro verdugo: “quatro ducados di yo a Flechilla, verdugo de Ocaña (...) por que no lleuasse la penca de tres suelas, quando me palmearon” (Quevedo 1965: 137). En este pasaje vemos cómo la aplicación de la norma falla por propia negligencia de sus ejecutores, que tampoco temen ser penados por ello, lo cual indica la pervivencia de los mendigos gracias a la complicidad de los oficiales.

En otro pasaje se describe a un verdugo llevando una procesión de desnudos que recuerda a la penalización de los pobres mencionada en *El Lazarillo* (Quevedo 1965: 133). La práctica de los azotes era parte de la pedagogía social, constituyendo una pieza fundamental dentro del disciplinamiento de la población. La pena era pública y ostentosa para que la comunidad, que hacía las veces del público de este acto que adquiría dimensiones espectaculares, fuese comunicada sobre el delito que había cometido una persona que, además, quedaba físicamente grabada. Ni Pablos, ni quienes lo acompañan en su periplo, se sienten amedrentados por este tipo de espectáculos punitivos.

Varios capítulos de la novela son dedicados a describir la vida pícara en la corte, la cual constituía otro motivo recurrente en el género que retrataba una práctica habitual, penada por petición en las Cortes (Real Academia: 518). La vida de los marginales en este espacio dependía de su capacidad como simuladores para poder rapiñar alojamiento y alimentación. La novela hace referencia al habla en germanía entre estos pícaros dentro de dicho espacio (Quevedo 1965: 164). El grupo tenía, como indicamos anteriormente, otras características comunes con los gremios. Cuando ingresa en el “colegio buscón” Pablos entrega su dinero, que será administrado de manera común, y se le otorgan ropas adecuadas a su trabajo: harapos de pobre. Los mendigos se dividen la ciudad en diócesis para proceder de manera ordenada y así no superponerse, consiguiendo un mayor beneficio por esta buena administración. A modo de prueba iniciática, al novato se lo envía solo a la suya, para que “el solo busque y apolille” (Quevedo 1965: 171).

Si tenemos que considerar, a partir de esta novela, qué posición adopta Quevedo respecto a la polémica sobre el derecho de los pobres a la limosna y la conveniencia de que sea practicada libremente, podemos sostener que se trasluce una inclinación sobre la ventaja de que esto sea administrado y organizado por el poder central y municipal, pues es claro que, a través de la limosna callejera de los mendigos, este beneficio resulta mal usado y abusado por los pícaros. Sin embargo, en el propio relato se trasluce la ineffectividad del poder político para la administración de la caridad que, a pesar de las variadas regulaciones que encontramos en la novela, resulta anárquica por la imposibilidad de controlar y someter a sus beneficiarios.

Así, la novela trasluce cierto desencanto por parte del autor que muestra una sociedad alterada por el desorden. Consideramos que verdaderamente esta obra está mostrando un contexto social dinámico, tan móvil que los propios contemporáneos no eran capaces de concebirlo dentro de los parámetros antiguorregimentales, que sostenían el idilio de una comunidad estática.

Bibliografía

Altenberg, Tilmann (2008). "Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*". Meyer-Minnemann, Klaus y Schlickers Sabine (eds.) *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Iberoamericana, 353-390.

Cavillac, Michel (2003). "Pícaros y pobreza en tiempos del Guzmán de Alfarache: Cristóbal Pérez de Herrera y Mateo Alemán (1594-1604)". *Torre de los Lujanes*, Nº 51, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid: 15-30.

Geremek, Bronislaw (1991). *La estirpe de Caín*, Madrid, Mondadori.

Gómez Camacho, Francisco (1998). *Economía y filosofía moral: la formación del pensamiento económico europeo en la escolástica española*, Madrid, Síntesis.

Quevedo, Francisco de (1965). *La vida del Buscón llamado Don Pablos*, Salamanca, Acta Salmanticensia.

Real Academia de la Historia (1863-1882). *Cortes de los Antiguos Reinos de León y de Castilla, Tomos II-IV*, Madrid.